

EL LENTO RENACER DE GONZÁLEZ-RUANO

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

Cualquier reedición de César González-Ruano es una extraordinaria noticia para los buenos degustadores de la literatura española, ya que son pocos los títulos del periodista y escritor madrileño disponibles en la actualidad. Éste en concreto, *Siluetas de escritores contemporáneos*, sin ser uno de sus libros más conocidos, es interesante porque nos muestra una pequeña parte de la relación (conflictiva en ocasiones) de su autor con el mundo literario español de la primera mitad del siglo pasado, un periodo que es especialmente fascinante y rico. Con esta obra inicia Editorial Renacimiento una nueva colección dirigida por Miguel Pardeza que recuperará algunos títulos de este postergado escritor. Una amplia introducción (70 páginas) sirve para presentar a los lectores (especialmente a las generaciones más jóvenes) la biografía y las obras esenciales de ese estilista supremo que siempre fue González-Ruano. Esperemos que este ambicioso y necesario proyecto llegue a buen puerto y no se dilate demasiado en el tiempo.

Las semblanzas o miniaturas biográficas de escritores y artistas fue un género de gran popularidad en la época. Por citar algunos, autores como Ramón Gómez de la Serna (*Efigies, Retratos contemporáneos, Nuevos retratos contemporáneos*), José María Carrero, «El caballero audaz» (*Galería*), Nicolás González Ruiz (*En esta hora*), Juan Ramón Jiménez (*Espanoles de tres mundos*) y Vicente Aleixandre (*Los encuentros*) cultivaron este subgénero en diversas formas y con

mayor o menor intensidad. El propio Ruano seguiría la senda de este libro poco más tarde con *Veintidós retratos de escritores hispanoamericanos* (Cultura Hispánica, 1952), quedándole además infinidad de siluetas diseminadas en diferentes recopilaciones o inéditas en libro. Como casi siempre, es el propio autor quien mejor puede explicar el contenido y el propósito de su obra: «No es un libro ni remotamente ensayístico ni tampoco de semblanzas completas, ni mucho menos de datos biográficos. Tampoco aparece aquí nadie a quien yo no haya conocido y tratado personalmente. Y dentro de esta parcialidad, aún se impuso la de una selección difícil, suprimiendo más de la mitad del índice primitivo. Podrían considerarse estos retratos parciales como fichas íntimas y un tanto mágicas de la memoria, escritas con una taquigrafía de urgencia un tanto arbitraria y sonámbula».

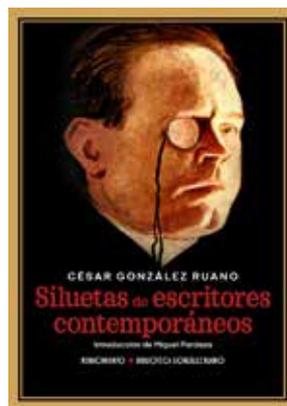
Son 35 miniaturas en total (sólo dos mujeres: Pardo Bazán y Concha Espina), 28 escritas en 1947 más siete añadidas en un apéndice de 1949, fecha definitiva de la publicación de *Siluetas de escritores contemporáneos*. Aunque González-Ruano asegura que todas las piezas son inéditas, yo he localizado al menos dos capítulos prácticamente idénticos incluidos en *Madrid, entrevistado* (Bilbao, 1934), los dedicados a Gabriel Miró y a Luis Astrana Marín. Se trata de viñetas cortas donde nuestro autor recuerda sus primeras impresiones, un tanto difusas a veces por el paso del tiempo, que le produjeron los diferentes escritores cuando los conoció de forma casual o cuando les realizó alguna de sus famosas entrevistas para la prensa.

A modo de ejemplos, tomo casi al azar algunas catas de estas siluetas. Las impresiones (aun admirando sus obras) que saca de Azorín (cuyo retrato de Francisco Sancha ilustra la cubierta del libro) y Pío Baroja son desfavorables por diferentes motivos: el mutismo total en el alicantino («Después de dos o tres palabras convencionales, de esas que no sabe uno si han sido dichas o han sido simplemente supuestas, se quedó herméticamente callado, mejor aún, cerrado como una caja») y descuido en el vasco («Viste Baroja en casa poco menos que de mendigo. Lleva unos trajes rotos, que parecen arrancados

de mala manera a un muerto»). Tampoco su encuentro en mayo de 1930 con Unamuno en Salamanca le trae recuerdos gratos («Yo, que había ido allí en un auto alquilado, sólo por la atención de no publicar mi libro sin su visto bueno; yo que era un joven de veintitantos años y forastero, comí solo, porque él no me convidó a comer, y aún pagué siempre las pequeñas consumiciones que íbamos haciendo»). De Ramón Gómez de la Serna, de quien estuvo durante un tiempo peleado (como con muchos otros escritores), recuerda que comparte el gusto con él por coleccionar objetos raros («Yo también soy bibelotista, rastrista, negrero de figuras negras, carnavalero de carretas exóticas y anfitrión de santos mancos de madera»).

En ocasiones, las descripciones físicas que realiza Ruano son inmisericordes: «Parecía una señora fondona disfrazada de violinista bohemio» (Eugenio Noel); «Tenía Salaverría cabeza de perrito de puño de bastón» (José María Salaverría); «Debía de haber sido viejo toda su vida, desde muchacho. Tenía algo de foca malabarista en la cara» (Rafael Ubano). Lo asombroso es que este sarcasmo se juxtapone de manera asombrosa con la melancolía y con una cierta piedad por los escritores, siempre en una guerra continua contra la precariedad económica, cuando no viviendo directamente en la miseria. Otras siluetas, en cambio, transcurren por caminos más neutrales y diplomáticos (por ejemplo, las de Concha Espina y Armando Palacio Valdés).

Esta obra también nos sirve para acercarnos a varias figuras literarias hoy totalmente olvidadas que, sin embargo, gozaron de cierta fama y consideración en su época. José María Salaverría, bastante estimado por Ruano («No se habla de él ni se le reedita, y muchos de sus libros son, no sólo curiosos, sino francamente buenos»), Manuel Bueno, un amigo que frecuentó hasta su trágica muerte («Cuando lo supe [su asesinato], en Roma, lloré su muerte tanto como la estúpida injusticia que aquello significaba»), Eduardo Marquina («Era hombre afable, y sus muchos valores iban ganando conforme se le conocía un poco más a fondo, venciendo las prevenciones que uno tiene por la poesía épica y demasiado elocuente») o Pedro Ré-



SILUETAS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

César González-Ruano
Renacimiento, 268 pp.,
19,90 €

pide («era en toda España una de las plumas mejor cortadas, con más donaire, más solera y más entendimiento») son ejemplos de buenos escritores sin mucha suerte en vida, y hoy sin editores —esto es lo esencial— y consecuentemente sin lectores. Finalmente, cabe decir que *Siluetas de escritores contemporáneos* proporciona una enseñanza inesperada, que me parece tan válida ahora como ayer, a saber: con ciertos escritores es preferible disfrutar de sus libros que tratarlos asiduamente. ■